

CUENTOS PARA UNOS SENTIMIENTOS

M^a ÁNGELES MORAGUES CHAZARRA
Doctora en Filología Hispánica

Los de Asensio Sáez (La Unión, 1923-2007). Este debería ser el título completo del artículo que iniciamos ahora y cuyo cometido principal, además de ser un merecido tributo al artífice de un ingente repertorio cuentístico, es una toma de conciencia de los valores literarios y extraliterarios fundidos en los renglones de su inmensa obra.

Que el cuento es un género literario en sí mismo y con entidad propia, queda patente en el ramillete de cuentos creados por este escritor. La elección de este procedimiento expresivo le permitió adoptar un ángulo desde el que contar, sin ambages ni retóricas fatuas, cuanto sus incuestionables dotes de agudo observador y su inteligente curiosidad supieron extraer del mapa cotidiano para trasladarlo a sus centenares de páginas cuentísticas. Confluye en ellas una doble fuente de inspiración, la procedente de la realidad exterior, de la vida, en sentido genérico y la de la realidad interior, la imaginación. La primera no implica una reproducción exacta sino el constitutivo más importante para relatar aspectos positivos como el amor o negativos como la muerte, conductas sociales, como las transexualidad, incipiente en los años de la escritura de este unionense, recreada en *Francisco, digo Paquita*, cuento en el que resurge el conflicto tan cervantino, galdosiano y lorquiano entre el ser y el parecer, entre la libertad y el orden. El segundo refulge con matices de ingeniosidad en no pocas piezas de la totalidad, algunas de las cuales la evidencian con mayor nitidez.

La edición del primer cuento, *Mar Mediterráneo*, de Asensio Sáez, cuando tan sólo contaba con dieciocho años, en la sección de letras de la revista de tirada nacional “Primer Plano” hasta la aparición de sus producciones narrativas en el periódico murciano “La Verdad”, previas publicaciones en “Blanco y Negro” y “Gran Mundo”, permite hablar de su longevidad en un género que nunca abandonó y que le permitió inscribirse en esta tradición con más de trescientas narraciones cortas en su haber.

Aunque bien es cierto que en todos sus cuentos Sáez deja sentir su exquisita sensibilidad y delicadeza, debemos subrayar que lo que confiere cuerpo a esta serie de confecciones narrativas son los sentimientos en ellas albergados. Uno de los más significativos es el de la nostalgia, arraigo patrio o paisanaje, abanderado en *Luisa se iba a Barcelona* y en *Personaje bajo el arco de la Aurora*, sin duda la más murciana de cuantas creaciones breves comprenden el haber escritural de este prolífico autor. Ya otros escritores anteriores en el tiempo, recordemos a Jorge Guillén, cantaron lo emblemático de esta arquitectura. Espacio vital y geográfico, a la vez, frontera entre ciudad y huerta con tan buena fortuna que Asensio Sáez establece un acertado paralelismo entre el ayer y el hoy de la pareja protagonista del relato en cuestión. El comportamiento humano de apego a la tierra es tratado con la distancia objetiva propia de un experto narrador que sabe de las emociones y sentimientos que embarcan el espíritu de sus personajes, trasuntos del ser humano real.

Otro, no menos trascendente, es el de piedad, materializado en *Hoy, funciones tarde y noche* a través de Tina, una vedette de revista que autointerpreta el aplauso del público como un reconocimiento compasivo al inexorable transcurrir de los años y a su huella indeleble. La artista, reconsiderando su inicial actitud despreciativa hacia los lugareños de su pueblo natal, la transforma en aprecio y gratitud por efecto del paso del tiempo. Resulta, pues, elogiable el juego temporal efectuado por el autor-narrador en esta historia al contrastar dos hitos temporales: la retrospectiva al ayer desde el presente actual, la técnica de volver al principio desde el final. En *Chato Juan*, prototipo de metarrelato, según el teórico de la literatura Albaladejo Mayordomo, prevalece el sentimiento de la perennidad de la infancia, su imborrable huella como recuerdo permanente que justifica cuanto hoy tiene una razón de ser.

Bajo el signo del sentimiento cabe también aglutinar los más variados espacios sobre los que vitalizan los muchos personajes de la nómina asensiana. Lugares comunes, pertenecientes al ámbito rural, y específicos, como los escenarios teatrales que atraen y cautivan el gusto particular de este creador, porque en ellos proyecta con serena atención sus preferencias. En ocasiones, el escenario llega a enaltecer la autoestima de sus criaturas de papel.

Lo sentimental, –que no sentimentalismo–, se hace extensible al uso de un léxico específico, voces de estirpe regional como “librillo”, “matachín”, “trébedes”, y otras, sellan la sustancia costumbrista y favorecen su trascendencia como testimonios verbales de una antigüedad para la memoria. Su estética se bifurca entre el ruralismo reflejado con exquisito virtuosismo en *El falso velatorio de la señorita Remedios*, y la elegancia contrastiva de *Paisanas*. En definitiva, más de una centena de tramas argumentales con desenlaces sorprendentes, estructuras cerradas y abiertas, y un séquito de personajes con perfiles bien definidos y caracterizados por sus dicciones y maneras de abordar los hechos sociales, amistosos, e incluso religiosos. Conocedores y transmisores de hábitos, locutores de lenguaje popular y exponentes de una prosa imantada de lirismo y agradable al oído, en la que alternan diálogos y narraciones sujetas a los pertinentes cambios de tonalidades oportunas según decoro de los protagonistas, lo que desvela, en síntesis, un modo de escribir inherente a quien domina el uso del castellano en su acepción más rica.

Asimismo, tradición y modernidad se enfrentan satisfactoriamente en *Boda civil*, en franca consonancia con el contexto histórico en que nace este cuento, principios de los años ochenta cuando comienzan a instaurarse cambios sociales como los compromisos matrimoniales por vía judicial. Sin embargo, en la sensibilidad de Sáez no hay sitio para lo que no responda a la costumbre y al canon canónico, por lo que no es de extrañar el deje de religiosidad fácil de rastrear en sus historias literarias, un rasgo muy identificativo del ambiente de entonces propio de la vida rural con hábitos sencillos de gente modesta. El unionense juega a recrear escenas vividas y sentidas, a atestiguar aquello que alimentó su estilográfica. Testimonia el ayer para disfrute de los amantes de la melancolía y sin salir de su feudo geográfico, (he ahí su mérito), supo convertir en palabras de molde auténticos frescos, ya históricos, sobre los modos de vida y la transición hacia novedosas actitudes de signo colectivo cada vez menos reverentes. Por último, y por ello, quizá, más curioso, es de obligada referencia su sentir localista hacia esa tierra tan suya a la que bautizó con el apelativo cariñoso de “ciudad alucinante” y que registra con matices de universalidad en *Destino*, donde funde la minería, modo de vida del municipio natal y la enseñanza rural, su profesión.

Ahora, después de transcurrido el tiempo, se cumple aquello, que a modo de premonición, anticipara el mismo Asensio Sáez, “a veces las cosas no son hasta que una pluma o un pincel optan por glorificarlas”, y esto es, precisamente, cuanto acontece con su legado literario donado a quienes gustamos de la calidad de nuestra literatura.